

El refugio

Ave de mar que busca madriguera,
anuncia tempestad de esa manera.
(Antiguo verso marinero)

Siempre que llovió, paró.
Adagio popular

La sociedad, hastiada de recluirse en la monotonía de la rutina y los límites que imponen las restricciones de la economía moderna ha redescubierto la excitación de las aventuras que el deporte y la naturaleza ofrecen.

Muchos años atrás, esas situaciones eran parte de nuestra cotidianeidad. La rutina académica y la rigidez de las formalidades militares, se alternaban con desafíos a la propia decisión y ánimo. Creo que los mayores escapes o desahogos estaban en las clases semanales de marinería y vela. Apenas iniciados en sus técnicas, quedaba al criterio y valor del cadete, armar su dotación, elegir barco y hacerse “al río”, con una derrota bastante optativa y con el principal coto del horario de regreso, fijado por alguna comida insalvable. Tres horas reloj, cuatro de clase. Lo suficiente para merodear por los canales de Río Santiago y las islas Santiago, Paulino y otras menos exploradas, sus arroyos interiores, los clubes de regatas de La Plata, Ensenada y Berisso y algún recreo sindical isleño.

Los pequeños asentamientos de peones de las chacras hortícolas tenían el atractivo del almacén-bar-club social, en el que podíamos conseguir alguna cerveza, cigarro o golosina y jugar un partido de bochas o pool. ¡Recórcholis, qué sabandijas!

Los que demostraban alguna habilidad sobre lo normal o se granjeaban la simpatía de alguno de los profesores, usaban con discrecionalidad la posibilidad de salir a navegar en las horas libres; incluso en las que cada uno se generaba, faltando a otras materias con justificaciones verosímiles.

Esa tarde, como siempre, salimos corriendo, con lo puesto, por la deshojada alameda asfaltada a tomar el mejor Penguin posible, uno de los amarrados al pontón, que requería menos armado. El objetivo era partir cuanto antes hacia el oeste, y, con suerte, alcanzar el Regatas La Plata o el recreo sindical de Propulsora, comprar alguna gaseosa fría para tomar en el parque al sol. Acortar la semana con una vista agradable y distendida.

Lejos de analizar las perspectivas, apreciamos con satisfacción la brisa creciente. Tampoco los marineros del pañol, al entregarnos la bolsa de velas y palamenta, nos hicieron advertencias, ni ellos mismos tendrían conjeturas, las gruesas paredes de piedra de la antigua cárcel eran otro aislante del exterior.

Con el profesor el trato fue breve y confianzudo; un corto saludo sonriente y el aviso de que iríamos para “Propulsorita”. Su respuesta fue alguna de las bromas de rigor, siguiendo a nuestros sobrenombres. Su conocimiento de los apodos y más aún que los empleara directamente, era claro indicio de la excelente relación de que gozábamos, con ese tipo privilegios y se transformaba en cierta autonomía.

Un guiño, la promesa de volver a horario y alguna discreta y casi-velada ofensa para mantener el desafío y la relación en ese equilibrio inestable y jovial.

Salimos a medio armar, o mejor dicho, armando el barco. Había que hacerlo así para evitar las galletas de la zarpada colectiva, mojaduras, naranjazos o esponjazos húmedos que se arrojaban entre naves, también para elegir las mejores piezas, colectando de otros barcos el timón, orza y remos en mejor estado, a la pasada en las andanas. A veces, incluso, llevábamos las de otros para impedirles salir. Picardías...

El refugio

En la dársena ya maniobraban algunos bípedos que concitaban toda la atención de los instructores y sacaban de la modorra a los colimbas de la guardia militar. El sumbo ayudante de guardia leería un diario viejo o alguna revista picante en la pecera del puesto uno, amarradero principal.

Atrás, un poco más rezagados fueron zarpando otros, armando un improvisado pelotón en carrera de regularidad, para hacer nada fuera de la vista de los supervisores habituales. Ansias de salir del control.

La maratón se fue encolumnando y, al salir al canal principal, viramos a estribor, al oeste, para encarar nuestro objetivo.

Un melancólico cabín fumaba impasible, de fato, en la bita.



Los rojos paredones de los talleres del astillero, coronados de grúas y humeantes chimeneas, a babor y el denso collage verde del monte de la orilla de estribor encajonaban la senda optada. A proa y a la distancia, el camino se cerraba en el verde istmo que cortaba el estrecho canal de Propulsorita y separaba tierra firme de la isla sedimentaria, baja y limosa de Santiago.

Por sobre el pasillo así conformado, se desfleaban hacia el este unos largos copos de nubes blancas. Las hilachas de los cirrus mostraban en la altura la dirección de un viento fuerte del sudoeste. Más abajo, una ancha faja celeste era empujada por un rodillo gris plomizo, que opacaba el horizonte, o lo poco que se veía de él. Ese color apagado siempre me pareció deprimente y agobiante, tal vez por estas experiencias.

Como el viento era de amura, cazamos paño y orzamos, virando al través de la vieja coraza circular de la batería de cañones en la esquina sudeste, frente al chalet art-decó del Director, haciendo la primer pierna hacia el embarcadero del astillero.

Los bordes subsiguientes fueron una costura prolija entre los muelles del propio Liceo, con su prolija formación de falúas a la pendura en los viejos pescantes de los cruceros con aparejos de cuadernales y rústicos cabos de Manila y la ribera del AFNE, donde despaciosos obreros estatales soldaban las tracas de un gran petrolero en gradas, mientras otros, más cansinos, circulaban sin rumbo con latas de aceite “Patito” cargadas de herramientas, desafectos a nuestro paso.

Una desprevenida guardia hacía rondín en la cubierta oxidada del “Santísima Trinidad”, moderno destructor eternamente en apronte, protegido por una tardía red anti-buzo. Había sido hundido por un ataque de terroristas montoneros apenas fue botado.

Al tablestacado liceano seguía, luego del mocho canal W el muelle de la Escuela Naval, de idéntica factura pero mejor mantenimiento e impecable presentación. Se notaba en todo la diferencia de profesionalismo y dedicación. Allí, las formas no eran cuestión menor. Los burros, en sus puestos de guardia, llevaban pesados y lustrosos fusiles de colección al hombre y

patrullaban su sector en un marcial y cadencioso ir y venir prusiano. De reojo, nos miraban con desdén, éramos escasamente boy-scouts navales.

A veces, nos acercábamos más de la cuenta para tentar su ira con alguna risa o frase provocativa, o apiadarnos de su desgraciada guardia, con el pesado uniforme impoluto, bajo el calor primaveral, y los insoportables mosquitos insaciables de sangre de cadete.

Cada pierna era una fina tarea de ajuste de las velas, para hacer el mayor camino posible hacia el objetivo, ganándole algunos grados al viento sin escorar mucho, ni que se pinchen las velas, ni se pierda velocidad en el esfuerzo de orzar. Compromisos a sopesar y decisiones optar.

En las percutidas boyas de veril dormitaba algún lobito marino, bandadas de gaviotas y petreles buscaban reparo en la foresta isleña.

La cálida brisa se fue incrementando y haciendo más fresca y seca.

El lúgubre rodillo de plomo fue aplastando el velo azulado. La tarde se oscureció y puso hostil, fría, fea.

Sin más preaviso, una fuerte racha escoró imprevistamente el barco. La ágil reacción de tripulantes quinceañeros nos salvó de la tumbada, llevábamos todo cazado y las escotas amordazadas, como no hay que llevarlas.

No todos lo soportaron igual, algunos tumbaron en esa primera carga de aire.

A esa ráfaga siguieron otras de mayor duración en intervalos cada vez menores. La ribera estaba cercana y no había mucho margen de tomar rizos, pues ir al paio sería derivar contra la costa y varar. Derivar con ese viento era trasluchar con el riesgo muy probable de quebrar el palo.

Otros más fueron al agua. Un Polaris desarboló al cortar un obenque. Alguno más prudente o temeroso arrió todo y quedó rápidamente a palo seco, a la deriva. La única opción alternativa de amarrar a la boya y esperar así el paso de la tormenta estaba descartada porque esta se alejaba a barlovento, inalcanzable.

No sé si fue una determinación consensuada, una decisión unilateral o la lógica conclusión del rumbo que llevábamos y no hubo alternativa de variar. Lo cierto es que en menos de lo esperado, la orza tallaba el barro. Imposibilitados de seguir bordejeando con la creciente galerna, embicamos limpiamente la costa; a noventa grados y con buena arrancada, con ganas de llegar al escalón que, por la erosión de las olas, separaba fango de pasto. Orza arriba, fila foque, larga mayor, arriba timón, dos golpecitos y un suave deslizar sobre el oleoso fondo, que se sentía en la cola y subía por la espalda, como un escalofríos.

-Ojala que no haya piedras ni troncos sumergidos ... pensábamos frunciéndolo todo.

Antes que el temporal descargara el primer chaparrón logramos arriar todo el paño y saltar a tierra (es un decir, ya que más propiamente era un pantano anegado).

Calzados de la raída y estirada polera de lana blanco-amarillenta y cubiertos sólo por el vetusto salvavidas de cuerina anaranjado, buscamos refugio bajo un árbol.

-¿Y si caen rayos? Dicen que hay que alejarse de los árboles, pensé en voz alta.

-Eso será en la Pampa, acá estamos en una jungla. Hay mil árboles por rayo, la suerte debe estar de nuestra parte.

-A menos que digas el número de la yeta, 21 más uno, o nombres al susodicho que casi hunde la ballenera y está en todas las malas, es un pingüino.

-No jodas, no se sabe.

-Ya rascaste el palo y trajiste los bufidos del maldito Eolo.

Con los primeros gotones advertimos que la vegetación no es tan frondosa verticalmente, y por cierto nada impermeable. Desarrollada la imaginación por el estímulo de la necesidad, corrí al barco y saqué la vela mayor. Bueno, Mayor que la menor, sólo un triángulo del tamaño de un cubrecamas.

En pocos movimientos, con la rama inclinada de un ceibo, improvisamos una angosta carpa, toldería. Apenas entrábamos hombro junto a hombro, los costados cerrados contra nosotros para que el viento no la volara y los salvavidas de asiento, sobre el piso pegajoso.

Así sentados, juntos y apretados, de cara al canal bajo la vela, nos quedamos resignados a esperar que todo pasara. Siempre que llovió paró.

Era jueves, nada perderíamos, de última teníamos hasta el viernes a formación de salida de franco. Ese era nuestro verdadero parámetro de tiempo. La “semana calendario” que precedía al fin de semana de franco. Tampoco duraría tanto.

Luego aprenderíamos que soportábamos un típico Pampero, el rápido paso de un frente frío del sudoeste, seco y polvoriento luego de atravesar la pampa entera desde el sur. Su paso es intenso y con breves descargas fuertes de chaparrones y hasta granizo.

Dentro de todo estábamos bien, otros nadaban alrededor de sus volcadas navecitas, se aferraban a las boyas azotados por el viento, o eran arrastrados por la deriva hacia los duros muelles de cemento.

Ahora creo que no fue más de una hora. No duró tanto.

Es imborrable la imagen de dos pollitos húmedos, acurrucados bajo el paño sintético de la vela de negros lamparones de petróleo, aguantando el vendaval, mirando llover, apiadados de otros en peores trances.

Esa corta eternidad fue uno de esos momentos de casi mística exaltación de la amistad, en estado de absoluta sobriedad. De esos en que se charla de las cosas importantes, de las que se reconocen frente a la soledad, al miedo o la impotencia ante la naturaleza, o ante Dios.

Sin mirarnos, contemplando la furia desde la orilla, conversamos con toda la gravedad que se tiene a los quince años. Tal vez todo fue para eso.

Cada tanto, sin alterar la placidez del diálogo, ni su temática, una puteada de desahogo rompía en agudo bramido. A veces, llevaba el nombre de un brigante, de uno que nadaba ahí cerca (de todos modos no escucharía), de un ofiche, profe o del mismo Creador, blasfemias con vehemencia pero sin convencimiento contra todas las formas de resistida superioridad o autoridad. Podíamos darnos el lujo de desafiarlos, pues pese a todo, siempre nos arreglábamos, como ahora, para derrotarlos.

El vendaval demoró un poco más que lo breve que suponíamos sería, pero finalmente pasó, como predecía el adagio. Cuando estuvimos seguros que los últimos coletazos de aire rezagado no darían nuevos golpes arteros, simplemente nos paramos, levantamos campamento y reembarcamos en un acto.

Quedaba una brisa sostenida del sudoeste, empujando la mufa río afuera.

Armar todo y zarpar nuevamente, zafando de la varadura empujando con los cortos remos y cianando con la orza, fue igualmente rápido.

Otra vez en la ría, con el franco en declive, fuimos pausadamente, derivando, de regreso al cálido amparo tantas veces repudiado antes.

Otras caras conocidas, pálidas y ateridas, apenas asomaban encima de los estirados cuellos de los pulóveres mojados. Ellos no habían podido.

El camino de vuelta nos ofreció, accesoriamente, la posibilidad de mostrarnos misericordiosos y amables con los náufragos. Pudimos ayudar a un par a retomar la vertical y achicar sus barcos, palanganas inundadas de la burbujeante agua marrón empetrolada. Aguados, fríos y sucios, no estaban de buen humor en ese momento, así que guardaríamos las bromas para una ocasión mejor.

Los lobos seguían mullidos en sus boyas, los gaviotines y cormoranes volvían a asomar entre los juncos, revolviendo la resaca, buscando peces caídos en desgracia.

Orgullosos caminábamos por el muelle, hacia el dormitorio a ducharnos, mirando el ramillete de embarcaciones que el malhumorado profesor remolcaba al pontón.

El centinela nos saludó indiferente, ofuscado bajo el poncho de lluvia.

El refugio

Las hojas de los plátanos se amontonaban en los recovecos de los grandes edificios abandonados, las ramas de los viejos árboles todavía se balanceaban, desnudas, recordando el azote del pampero. La cáscara de la isla parecía desierta, como siempre. En el centro de las construcciones, la vida latía con energía, el Cuerpo volvía de la merienda en el comedor a las aulas a estudio de la tarde.

Otra vez, sin testigos, llegamos secos, invictos, pese a todo.

NOTA: pareciera que todas las anécdotas relatadas se basan en algún infortunio de la vida marinera. Como en las novelas, las cosas que más llaman la atención y luego quedan grabadas, son las que sacuden lo cotidiano, que alteran la normalidad.

Muchas de ellas, dejan huellas en la memoria o en el alma, o en ambas si no es lo mismo.